

Para una fenomenología
hortera de la soledad

PAREJA Y MULTITUD

LA pareja, para el hombre postsartriano, es la última farmacia de guardia antes de hundirse en la soledad o la multitud. O sea, en la soledad, porque la multitud —desde «El hombre de las multitudes», de Poe, y desde Baudelaire— no es sino soledad pululada o, como mucho, soledad en acto. Mientras por un lado se constituye la moderna car-

tografía de las multitudes, entre Friz Lang y Carlos Marx, entre las metrópolis y el proletariado, por el otro desmontamos nuestra intimidad, desguazamos la familia tradicional, victoriana, isabelina, isabelona, y ya tenemos a Kafka escribiéndole cartas sin sello al padre y a Felice, a Pavese sumergido en el oficio de vivir, mientras se le hace hora de suicidarse, al flâneur de Baudelaire yendo y viniendo por los pasajes, a Machado hablando solo porque espera hablar a Dios un día. El clavo femenino o masculino —siempre ardiendo de amor o sexo— a que nos agarramos antes de que se hunda el Titanic del siglo, es la pareja.

Emparejar la pareja

Primero el personal dejó de creer en los familiones y la procreación indefinida (Goya le hizo a su mujer veinte niños, de los que sólo le sobrevivió uno). Había que creer sólo en el matrimonio de dos. El error era que uno se casaba, antes que con su mujer, con sus cuñadas (brujas de Macbeth de todo matrimonio), con su suegra (obtenida de un chiste), con la familia de la novia e incluso con la propia familia, pues no hay nada que nos una más a los nuestros que el habernos dado a otros. Cuando se ingresa en otro clan, se permanece eternamente intruso. Eternamente, por lo tanto (y ahora sí que de verdad), fijado al clan matrilineal de que uno procede.

Sobre la famosa soledad de dos en compañía, lo más que se ha dicho es que con el número dos nace la pena. Entonces, el matrimonio tampoco, porque parece que lo que pudre todo es el sacramento (el matrimonio es sacramental aunque nos case un comodoro de barco).

La pareja. Simplemente la pareja.

Febrero 1981

FRANCISCO UMBRAL

Todo habían sido fórmulas para emparejar la pareja, tan desparejada y desemparejada por la interferencia de tías viudas, viudas no exactamente tías, amigos triangulares de la familia y otros vodeviles. El hombre postsartriano, repito, el hombre postestelar y postsecular, antes de reconocer que está ligeramente solo en el mundo, se aferra en nuestros días a la salvación por la pareja. Como la pareja desnuda, sin sacramentos ni perros ni nocillas, es lo de hoy, distinguimos algunas maneras de pareja: por ejemplo, la pareja natural, la pareja sacramental y la pareja transgresional.

La pareja natural

Pareja natural y roussoniana (de un Rousseau que podría salir en palcolor anunciando champúes naturales y mangas de mares menores), pareja natural, digo, es la que constituyen los nibelungos de Günter Grass en «El Rodaballo» o la que constituyen los adolescentes de hoy, en plena disponibilidad de sí mismos, pasando de padres y pilaristas, y sin proyectos sugestivos de vida en común (matrimonio).

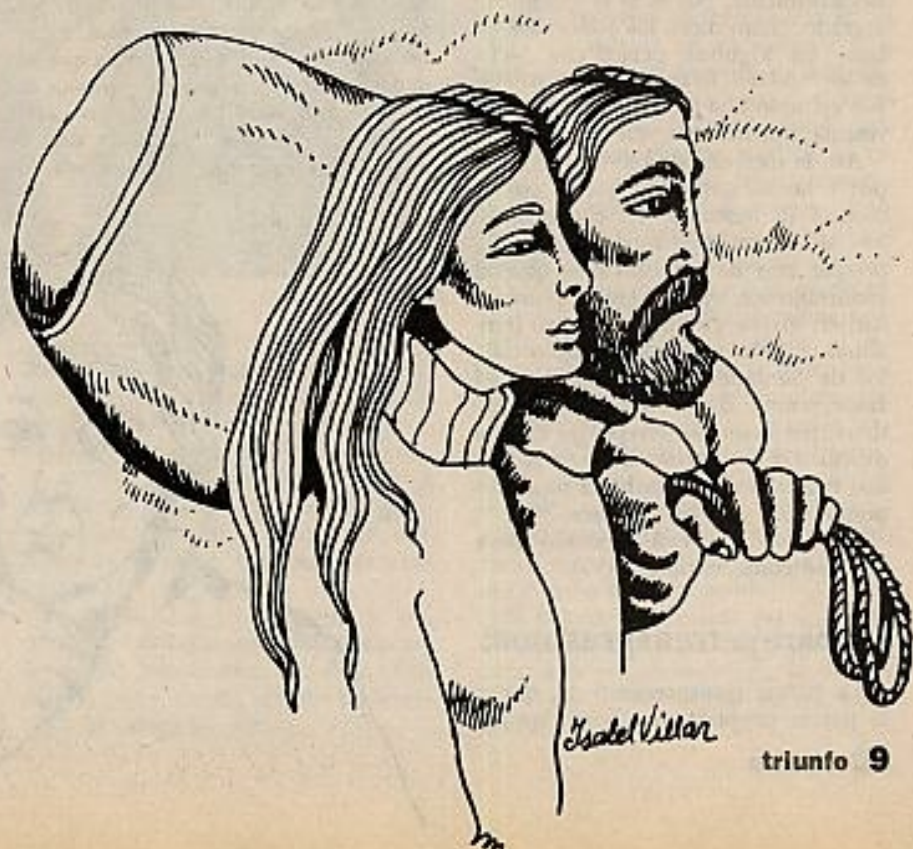
En plena disponibilidad de sus cuerpos recientes («el cuerpo soltero», decía Pedro Salinas), hacen el amor y la velocidad, la cama y la moto, el sexo y la cocaola. La pareja natural, por malformación de la especie o imperativo del tiempo, ese gran conservador, acaba siendo soluble en el matrimonio o en la dispersión.

Si te he visto, claro que me acuerdo, pero corta el rollo, tío, please.

La pareja sacramental

La pareja natural, prehistórica o fugaz, nos sirve, en todo caso, de modelo sano de pareja para entender y hacer la crítica de otras maneras de emparejamiento propicias por/contra la sociedad (viene a ser lo mismo).

La pareja natural es fugaz, ecológicamente fugaz, porque el deseo se acaba pronto, o tarda en volver, y la fascinación otorgada al otro, el otro no sabe llevarla. Dice Tierno Galván que cultura es lo que no dominamos. Amor también es lo que no dominamos. Con la dominación viene el has-



PAREJA Y MULTITUD

úo (pareja es dominación recíproca). La pareja natural dura lo que un spot de televisión.

La mentira publicitaria de los spots consiste en hacernos creer que esa fugacidad dura siempre. Pero esto no puede ser, porque la fugacidad va contra el instinto de posesión del hombre y el instinto de conservación de la mujer. Y va, sobre todo, contra la sociedad, que no podría articularse sobre parejas fugaces. Entonces se recurre al viejo truco *-forastero-*, de sustituir intensidad por duración, Quevedo por Bergson. Al trapicheo sacramental que sustituye intensidad por duración se le llama matrimonio, y antes he dicho que esto es un sacramento aunque lo administre un comodoro de barco, con toda mi admiración marinera y pirata por los comodoros.

Todo matrimonio es sacramental *-incluso el más funcional y laico-*, porque en él se está operando un misterio, algo sagrado: un sacramento: la transubstanciación de intensidad en duración. Ese juego de manos del sacerdote y la sociedad, que cambia de vía nuestros destinos, es, por lo tanto, siempre de carácter mágico, religioso, y de ahí la guerra santa que se alza contra Pacordóñez.

La pareja sacramental (alguna virtud había de tener), participa de la disponibilidad de la pareja natural: tiempo, cuerpos. Y participa, asimismo, de la fascinación (que luego tocaremos) de la pareja transgresional. Sólo que la pareja sacramental participa de todo esto inversamente, negativamente. No sé si el vínculo es sagrado, como dicen los editoriales en latín de algunos periódicos, pero es un vínculo negativo (lo negativo, por ejemplo una muerte en la familia) vincula mucho más que lo positivo.

Así, la total disponibilidad de cuerpos y horas, que es lo que la pareja natural va buscando en el matrimonio, se convierte en total negatividad, porque uno de los cónyuges quiere, efectivamente, ejercer esa disponibilidad en mayor grado que el otro (hay almas gemelas y paralelas, según Carlos de Santander y los teólogos del amor, como Santa Teresita de Lisieux, pero con los cuerpos ya es más difícil). En el matrimonio, uno de los dos enarbola como hecha la total disponibilidad, antes o después.

Y el otro ya está troceado para siempre como víctima moral.

La pareja transgresional

La pareja transgresional es, quizá, la pareja propiamente dicha. Porque

ya la pareja natural es de alguna forma transgresional. El magdaleniense procuraba robarle una hembra a otro rebaño magdaleniense. No sólo violar, sino violentar: transgresión. Desde Margaret Mead a los estructuralistas, se ha incluso trivializado en nuestro tiempo la red de mitos y tabúes que tornan transgresional casi toda unión en los mundos primitivo o salvaje. Prohibiciones de acoplamiento que ayudaron mucho a que la gente siguiera acoplándose, hasta nuestros padres, los pobres, que nos trajeron al mundo sin haber leído a la Mead ni a Levi-Strauss.

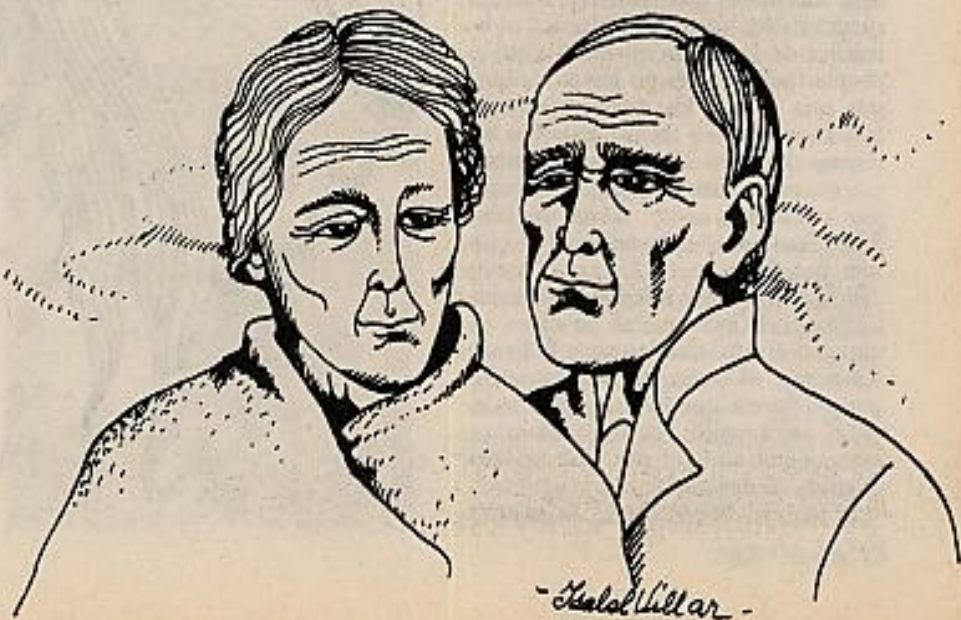
Precisamente la pareja sacramental pierde su virtualidad de pareja en la medida en que lo transgresional, en ella, se va haciendo mínimo o volitivo. Todavía hay transgresión *-pareja real-* en el obrero borracho que viola a su esposa cansada y desganada, el sábado por la noche. En los burgueses científicos de Europa o América, que programaban antes su débito conyugal por el Derecho y ahora por López Ibor, puede que haya engendramientos, pero lo que no hay apenas es pareja.

Así, un adulterio *-siquiera sea mental, como tanto preocupaba a Nietzsche-*, una aventura, potencia de rechazo el matrimonio, pues introduce un elemento de transgresión en la pareja fósil, de manera que el marido, copulando con la esposa infiel, está copulando ya con *la mujer del otro*. De ahí el largo éxito teatral del vodevil: explica a los burgueses, por el precio de la entrada, cómo galvanizar un matrimonio reconvirtiéndolo en pareja, mediante el adulterio real, mental, blanco o fingido. La esposa que se acuesta con otro *pasa a ser realmente de otro*, puesto que ha dado un paso fuera de su destino, y cuando vuelve a nosotros estamos tomando ya la

mujer de un desconocido (que suele ser muy conocido en la casa). Sólo así la cópula matrimonial se convierte en transgresión: sucesivas transgresiones menores de él o ella (obvio advertir que no hago diferencia de sexos), dan al fin la transgresión real y total: el hombre y la mujer que se toman *por encima o debajo* de terceros. No hay transgresión si no hay un tercero (que en las parejas religiosas suele ser Dios).

Para nada quiero entrar en teologías, pero lo cierto es que la Concepción, Inmaculada o no, de la Virgen María, presenta un claro juego de transgresión. La Virgen se mueve, siquiera sea a nivel teológico, entre carpinteros, ángeles, Dioses y Espíritus Santos. Lo que dentro del Misterio es misterio, fuera de él sólo podemos verlo como transgresión, y de ahí su efectiva fascinación.

Concluiríamos que el sacramento que constituye a la pareja no es el del matrimonio, sino el de la transgresión. Hoy, como no hay transgresiones (todo está permitido), la pareja está en crisis. Pero, naturalmente, superadas las transgresiones convencionales de que han vivido las grandes parejas, desde Calisto y Melibea hasta los duques de Windsor, queda la transgresión profunda, dinámica, la transgresión permanente que puede potenciar una pareja. Esto supone no dar hijos cuando la sociedad los espera, darlos cuando no los espera (*-hijos sí, maridos no-*), más la continua transgresión/agresión (o la agresión como forma cotidiana de la transgresión) que suponen esas parejas ilegibles para los demás, por la descompensación de años, inteligencias, clases sociales o fortunas. La ilegibilidad de la pareja (ilegibilidad social) es el más saludable sintoma de su salud.



La pareja transgresional, en su juego de transgresión constante, tiene que llegar, como el humorista que hace humor de sí mismo, a transgredir el mito, tótem, tabú o culto en que ella se ha constituido.

Lo contrario sería impre-sentable.

Esto no supone otra cosa que la intercambiabilidad, movilidad, disponibilidad, canjeabilidad, permeabilidad de las parejas, algo que hoy todo el mundo practica en ciertos ambientes, pero que nadie admite en teoría o sólo admite mediante un cinismo pasota que no llega a ser cínico.

La pareja, penúltima farmacia de guardia en la noche de los tiempos, ha de ser un móvil de Calder. Nos salvaremos en la pareja siempre que salvemos la pareja en su canjeabilidad simultánea o sucesiva (aquí entraríamos ya en tediosos psicologismos). La pareja, digo, no es Daoiz y Velarde, sino un móvil de Calder o Ferranti.

La moral y la estatuaria nos han educado en la pareja cerrada. Tenemos que ir aprendiendo a tejer y destejer parejas abiertas. La pareja es una transgresión de la multitud, porque la niega, y una transgresión de la soledad, porque la resuelve. Pero, entre soledad y multitud, su albur es demasiado vasto y la apertura es su aura.

Grandes relatos, grandes parejas

Vengamos a dar en algunos rudos ejemplos. Grandes parejas de nuestro siglo: los duques de Windsor, recientemente biodegradados por la televisión. Sartre y Simone de Beauvoir. Yoko Ono y el beate John Lennon, asesinado casi ayer mismo. Todo un ejemplario.

Los Windsor o la pareja sacral/transgresional (la vida es siempre más compleja y ecléctica que las teorías). La máxima transgresión de renunciar a un reino por una mujer, es precisamente el sacramento que une para siempre a esta pareja. Conocemos las medievales razones de él y ella. Pero las «razones planetarias», diríamos, las que convienen al esquema del mundo (entendido el mundo como teletipo) es que renuncian a todo por amor; con lo cual todo les es devuelto por amor; son los reyes de paisano de una



época y su transgresión del sacramento monárquico se convierte en una transgresión sacramental que todo el mundo bendice como se bendice siempre el arrojado de quienes en realidad no arrojan nada.

Antes y después de los Windsor, todas las parejas burguesas o aristocráticas del mundo han intentado, dentro de lo sacramental, ese pequeño juego de transgresión que supone el divorcio, la boda por amor (antes impracticable, como denuncia Moratín) e incluso los saltos fuera de la propia clase, casta o raza.

Sartre/Beauvoir

Sartre/Beauvoir o la pareja natural. Se conocen naturalmente en su común medio natural/cultural. Se emparejan naturalmente, como sin pacto previo, y viven naturalmente juntos hasta la muerte de él.

No les une otro sacramento que la literatura. El es más importante, él le influye a ella. En la pareja natural (ya hemos dicho algo aproximado) alguien mantiene en alto, sin saberlo, el hacha de las influencias: una dominación que quiere ignorarse a sí misma.

Simone de Beauvoir, máxima teórica del moderno feminismo, vive la contradicción de no ser sino la sombra inteligente de un hombre genial que ha sido definido, a su muerte, como «el gran encarnador». El hombre que ha encarnado el siglo, su estética y su conciencia. La pareja natural no es la pareja que suma o resta cero, sino la pareja en que una superioridad se encaja naturalmente sobre otra superioridad. ¿Quién enarbola el hacha de sílex de la influencia filosófica, el hombre o la mujer?

Para apaciguamiento de feministas, baste recordar el mito de Edipo. Todo un hombre sueña con una relación que sea sumisión, dominación de la hembra-madre. Günter Grass (está de moda) añora descaradamente el matriarcalismo nibelungo. Edipo y su madre son una pareja natural (todo lo contrario de lo que se entiende por «normal»).

La pareja natural se basa en una descompensación bien compensada. El frente a frente de dos identidades/equivalencias (de distinto sexo o del mismo) no da una pareja natural, sino un encuentro de gladiadores. Simone de Beauvoir

cree que los surrealistas degradan a la mujer porque la metaforizan. Pero Bretón/Nadja son una pareja cultural, irreal, antinatural, bendecida sólo por el sacramento de la cultura.

Como Sartre y la Beauvoir. Sartre/Beauvoir son una pareja natural dentro de la no-naturalidad de la cultura. Para los burgueses ágrafos, esta pareja resulta ilegible (y por lo tanto saludable respecto de ellos mismos, como he dicho antes). Sólo que, si su intensidad es la cultura, su duración es el compromiso (político, social, histórico, ético).

El Breton joven, sin tantos protocolos, crea con Nadja, dentro de la absoluta antinaturalidad de su novela/fliert, una pareja mucho más natural.

Yoko/Lennon

O la pareja transgresiva. John Lennon elige (o es elegido por) una oriental, y además una oriental no muy bella. Transgresión racial (que sigue operando, ahora a favor «exotismo», lo que quiere decir que también opera en contra, para la mentalidad euroasiática).

Se retratan juntos y desnudos, por el anverso y el reverso. Ninguno de los dos es bello desnudo. Transgresión indumentaria y transgresión estética. Robert Redford y Bo Derek, desnudos, serían un excesivo desplome de belleza sobre los mass-media: todos perderíamos nuestras nociones transgresionales.

La belleza no es una transgresión en un mundo que ya no tiene otra religión que lo bello o, a nivel de consumo, lo bonito. La inarmonía de ambos desnudos armonizados es la

PAREJA Y MULTITUD

transgresión de lo feo, la única posible frente a la multitud de lo hermoso, frente a la hermosura como multitud (playas, grandes tiendas, concentraciones juveniles de música, etc.) Yoko/John han herido a la multitud, no por desnudarse, sino por desnudarse *no siendo hermosos*.

Como todos dudamos de nuestro desnudo, la foto famosa nos ratifica al mismo tiempo en nuestro desnudo y nuestra duda. De ahí la adhesión mundial, juvenil o progre, a esa fotografía. Transgresión social: son ricos y él es marxista o marxioanarco. Esta fecunda contradicción hiere por igual a los burgueses y a los socialistas que quieren mitos de una pieza. Tres transgresiones (racial, estética, social) dan la *intensidad* de esta pareja/piloto de nuestro tiempo.

¿Cuál es su *duración*? El compromiso, como en Sartre/Beauvoir. El compromiso con la paz. Un compromiso tan elemental y dominical como lo han necesitado las sucesivas mocedades del mundo, hasta la asamblea funeral de Central Park (celebrada, por cierto, contra la voluntad de un guarda del parque que no gustaba de la música de Lennon, como aquí en España Buero Vallejo u Otero Besteiro).

El siglo se seculariza

No hace mucho me inventé esta tautología: el siglo se seculariza. (Quizá la tautología sea mi género literario que no tengo). El siglo se seculariza, el romance de los Windsor se televisa, el compromiso de Sartre y la paz de Lennon también se secularizan, se marketizan, se congelan en el hipermercado junto a la carne congelada.

La pareja es la penúltima alternativa (la última es el suicidio) frente a la soledad/multitud. Su *intensidad* es la ilegibilidad (a ojos del mundo) y su *duración* es, paradójicamente, su apertura. ■ F. U.

LA ULTIMA FORMA DE AMAR

MANUEL VICENT

EN materia de sexo lo último que se lleva es cierta desgana elegante. Los más audaces en un exceso de vanidad pueden llegar con esta moda hasta presumir provocativamente de imponentes. Pero este farde tan sutil de momento sólo está reservado para los elegidos, en realidad se trata de un pase privado de modelos de lo que se llevará la temporada próxima. Lo fino ahora sigue siendo todavía ese suave punto muerto en que no se sabe exactamente si uno es un destripador de prostitutas jubilado que se ha metido en el Opus con voto de castidad o va de homosexual vergonzante por la vida o es un aberrante que se está quieto porque no encuentra un aparato erótico a su medida en las tiendas del ramo ni un animal lo suficientemente cariñoso ni un martirio que le guste. Esta desgana sexual no tiene nada que ver con el aburrimiento. No responde a esa imagen del amante enmudecido que lee el periódico por encima de la sopa juliana mientras ella consolida el odio comiendo a dos carrillos. Tampoco se

deriva del hermaneo de carnes cuando la pareja después de mil programas de televisión en común, al terminar el tercer telediario se palpa el muslo mutuamente y nota que ya no hay corriente eléctrica. La última moda sexual consiste en una abstinencia activa llena de gestos amorosos, que coincide con el final de la docilidad femenina. Cortarse las uñas juntos, sacarse con todo mimo una espinilla o la mota del ojo, compartir amistosamente el laxante y hablar largas horas de las propiedades de la nueva marca que acaba de salir al mercado, acariciar el juanete del otro escuchando la sinfonía Fantástica de Berlioz, he aquí la forma de intimidad más avanzada.

Estéticamente queda muy prehistórica la agresividad del macho. Nada hay más pasado que la potencia de aquel jefe de negociado que arrimaba secretarías contra el fichero de la oficina o del padre de familia que reducía a la criada junto al armario ropero o del estraperlista que metía cien pavos en el canalillo del escote a una chica de club. Son restos inocentes de la fórmula del verdugo erótico que no se había movido desde los tiempos del coito carnicero de la comunidad patriarcal y se ha transformado a través de las edades en el

¿SIEMPRE TE LO HACES CON ALGUIEN QUE NO TE GUSTA?



NO... SI... NO SÉ.

A MÍ NO ME GUSTA NADIE HASTA QUE NO LO CONVIERTO LO SUFICIENTEMENTE Y PARA ENTONCES YA NOS LO HE LAS HECHO.



ASÍ, SI DECIDO QUE NO ME GUSTA, ES DEMASIADO TARDE PARA DEJAR DE HACÉRSOSLO.

